

## AUTOBIOGRAFÍA (1899 - 1970).

por JORGE LUIS BORGES  
con Norman Thomas di Giovanni.

Buenos Aires, El Ateneo, 1999, 157 págs.

En septiembre de 1970, bajo el título de *Autobiographical Essay*, la revista *The New Yorker* publicó esta *Autobiografía* que Jorge Luis Borges dictó a Norman Thomas di Giovanni, que fue su colaborador durante unos cinco años y traductor de buena parte de su obra al inglés. Ahora, por primera vez, se publica el texto completo en castellano. Es breve, y tiene cinco partes: *Familia e infancia, Europa, Buenos Aires, Madurez, Años de plenitud*.

Para el que nada sepa de Borges, hay en esta *Autobiografía* una suma de datos suficientes, muy precisos y muy bien ordenados.

El que esté familiarizado con la obra de Borges y con algunos reportajes y conversaciones no encontrará nada que no se haya dicho ya. Es más, abordará un texto que parece escrito más para ocultar a un hombre que para revelarlo; un texto lacónico, lineal, de una extremada austeridad, casi invisible. (Ya algunos críticos han dicho estas cosas).

Pero para el que con frecuencia vuelve a la obra de Borges, para el que acostumbra releerla, esta *Autobiografía* resultará una manifestación más, no menor, de la honestidad de Borges ante su misión literaria, que fue aquello a lo que dio firme precedencia a lo largo de toda su vida. De esta misión, y no de otra cosa, esperaba Borges su justificación, lo cual le hizo decir que *la fama es un malentendido, quizás el peor, y también: la gloria es estrépito y cenizas*.

El poeta Hölderlin decía: *Vivir, es defender una forma*. Borges hubiera dicho *una cifra*, cifra que es a la vez la *vida* y el *lenguaje*, es decir, la *forma humana*, que hace posible el *hecho estético*, que fue el centro de toda la existencia de nuestro poeta.

*Para las mentes clásicas, la literatura es lo esencial, no los individuos*, dijo una vez el escritor argentino. Esta *Autobiografía* parece destinada a ilustrar esa concepción. Habla alguien que, desde anécdotas casi triviales y caseras, hace que se eleve el emblema de un talante y un destino que puede representar a muchos. Así, por ejemplo, en la primera parte, sus menciones a personas y experiencias familiares que determinaron su origen y configuraron su presente, confluyen en una evocación de algo que sólo puede caber en la palabra *patria*, palabra vaciada de contenido a causa de tanta mediocridad argentina, y que en Borges recupera su sentido de magnanimidad y torna a ser una palabra creíble y querible. Una historia, una tierra, los antepasados, una cultura, se hacen

presentes en un hombre que mereció esas cosas, y que nos hace sentir la obligación de ser más honestos, más inteligentes y más justos.

El libro comienza con la borrosa memoria de los primeros recuerdos, que proceden de ambas orillas del Río de la Plata. Luego el padre y la madre, los abuelos, algunos barrios de Buenos Aires, el primer contacto con el campo y con su gente, las primeras lecturas (algunas, como la del *Martín Fierro*, hechas a escondidas), los primeros años de escuela (desdichados o indiferentes), los primeros intentos literarios. En medio de estas cosas la evocación de conductas y de voces criollas (de vertientes muy diversas) dan con un tono característico que Borges supo luego recoger como lenguaje de su literatura: ... *me enteré de que los peones eran gauchos. Una mañana temprano me dejaron que los acompañara a caballo mientras llevaban el ganado al río. Cuando les pregunté si sabían nadar, me contestaron: "El agua es para el ganado"* (pág.33). Hablando de su padre, anota: *Nos decía, con fingida perplejidad: "¿Qué son, al fin y al cabo, los ingleses? Son unos chacareros alemanes"* (pág.19). Ya en la parte dedicada a Europa, surge esta anécdota: *Recuerdo que una vez, al regresar a casa, mi madre encontró a Norah escondida detrás de una cortina de felpa roja, gritando asustada: "¡Une mouche, une mouche!" Parece que había adoptado la idea francesa de que las moscas son peligrosas. "Salí de ahí", le dijo mi madre sin demasiado fervor patriótico. "¡Naciste y te criaste entre moscas!"* (pág.43).

Después están Suiza y los estudios en el Colegio de Ginebra fundado por Calvino, la guerra, España, la vuelta a Buenos Aires, las primeras publicaciones, el recuerdo de los dos hombres cuyas personalidades más impresionaron a Borges: de aquel lado del océano, el andaluz Rafael Cansinos Assens, y de este lado Macedonio Fernández. Están también las actividades literarias y los senderos de la obra borgeana, los amigos, la Biblioteca Miguel Cané y la Nacional, la ceguera, los premios, los viajes. Sobre todo, en cada página, están los libros y el amor por tantos autores. Toda la *Autobiografía* es una curiosa y miscelánea "historia de la literatura" narrada como "historia de mis lecturas".

(Dice en la página 79: *También fundé tres revistas y escribí con regularidad para una docena de publicaciones periódicas. Entre ellas recuerda a nuestra revista CRITERIO*).

A lo largo de todo el libro, cada una de estas menciones es breve, escueta, y se abre a un sinnúmero de alusiones y posibilidades que el lector puede evocar. *Ser una cosa es inexorablemente no ser todas las otras cosas*, dijo una vez Borges, que sintió que esto, en el lenguaje, llevaba a esta otra verdad: *mencionar, es excluir el universo*. Mencionar, pues, la *parte*, de manera que ella permita aludir al *todo*, fue la constante borgeana.

La *Autobiografía*, también con moderación, suministra, entre los datos que ofrece, algunas confidencias y rasgos conmovedores, a veces con humor, siempre con pudor: *La gente ha sido inexplicablemente buena conmigo. No tengo enemigos, y si ciertas personas se han puesto ese disfraz, han sido tan bondadosas que ni siquiera me han lastimado. Cada vez que leo algo que han escrito contra mí, no sólo comparto el sentimiento sino que pienso que yo mismo podría hacer mucho mejor el trabajo. Quizá debería aconsejar a los aspirantes a enemigos que me envíen sus críticas de antemano, con la seguridad de que recibirán toda mi ayuda y mi apoyo. Hasta he deseado secretamente escribir, con seudónimo, una larga invectiva contra mí mismo. ¡Ay, las crudas verdades que guardo!* (págs.152-153).

El libro concluye así (pág.154): *Lo que quiero ahora es la paz, el placer del pensamiento y de la amistad. Y aunque parezca demasiado ambicioso, la sensación de amar y ser amado.*

Ignacio J. Navarro